DE MI HASTA EL HOMBRE

Y los hijos,
como un inmortal puente,
como un puente infinito,
de nosotros al sueño por los hijos
de los hijos.
Esa resurrección abierta, llama, grito,
bandera de la tierra,
monumento firmísimo.
¡Los hijos, nuestros hijos!
Éste es mi himno, hombre, éste es mi himno:
decirte que me cantan desde niña
mis hijos, nuestros hijos,
los hijos que escalaran tu soberbia,
el orgullo que bebes en ti mismo,
que agotaran el mar que te rebosa
por los acantilados de tu sino.
Se les roba a los ángeles la dicha,
se muerde la raíz del paraíso,
se hace séptimo día de la gloria
de tenderle al futuro sus abismos,
y florecen tus hijos, nuestros hijos,
cascada de mi entraña,
torrente poderoso, precipicio
hacia el que hundir mi prisa
de ternura, cariño,
la impaciencia de madre desde siempre,
desde que yo era niña y tú eras niño.
Oh tú, rey de mi vida,
al que le abrí mi muerte en la esperanza
de soñarte y soñarme por los hijos,
los hijos de tu casta y de mi casta,

de esta pasión que firma el elegido
concordato de amor, de angustia, de
esta locura de vivir a filo
de tu boca y mi boca, dueño mío,
que a más de esclavizarme por tu imperio,
podrías poseerme por tus hijos,
mis hijos, nuestros hijos,
con ojos de colores,
con aires como el tuyo o como el mío,
conjunción o distinta planta nueva
levantada hasta el sol por nuestros signos,
y el árbol así y el libro,
como este árbol-libro-hijo
que implanto, trazo, sueño
al pedestal de ti, porque te quiero
querer como a la sangre de mis hijos.

